

la cabeza con ambas manos la besó con estrépito en la frente; y después dijo:

—¡Pero qué hermosísima está hoy esta rosa de Jericó!

—¡A la catedral, a la catedral!—gritaron los del salón.

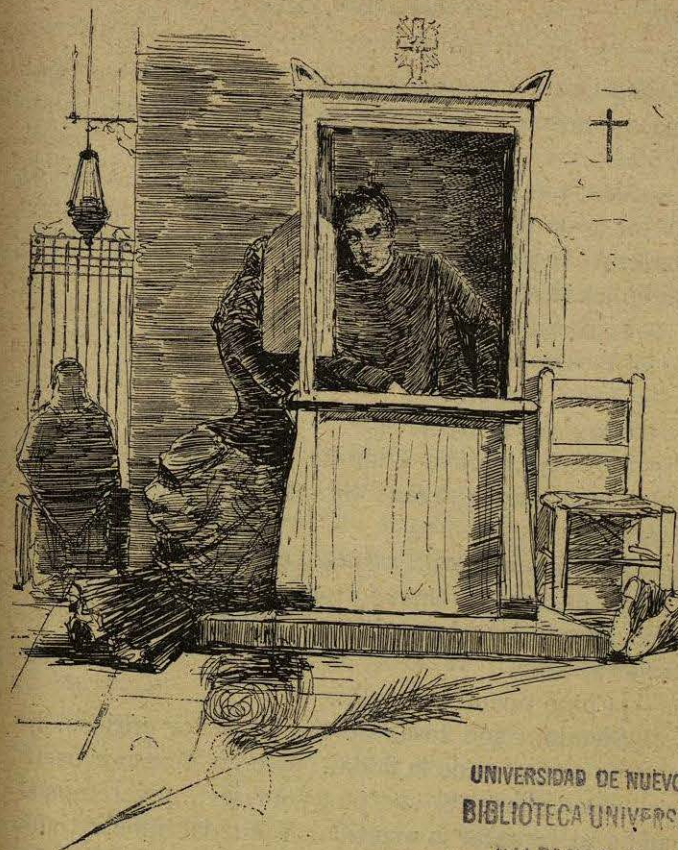
Y llegaron Ana y el obispo-madre al trascoro al mismo tiempo que De Pas subía con majestuoso paso al púlpito, donde Ripamilán cantara al comenzar el día el Evangelio de San Lucas.

Buscaron sitio al pié del altar de la Concepción.

—Desde aquí se ve perfectamente—dijo doña Petronila.

É inclinándose hacia Ana, añadió en voz baja y melosa:

—¡Mírele Vd., está hoy lo que se llama hermosísimo ese apóstol de los gentiles! ¡Qué roquete! Parece de espuma... En el nombre del Padre..., del Hijo... y del Espíritu... Santo...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

XXIV

PERO, ¿y si él se empeña en que vaya?

—Es muy débil... si insistimos, cederá.

—¿Y si no cede, si se obstina?

—Pero, ¿por qué?

—Porque... es así... No sé quién se lo ha metido por la cabeza, dice que le pongo en ridículo si no voy... Y nos alude... habla del que tiene la culpa de esto... dice que él no es amo de su casa, que se la gobiernan

desde fuera... Y después, que la Marquesa está ya algo fría con nosotros por causa de tantos desaires... ¡qué sé yo!

—Bien, pues si todavía se obstina... entonces... tendremos que ir á ese baile dichoso. No hay que enfadarle. Al fin es quien es. Y el otro ¿anda con él? ¿Tan amigotes siempre?

—Ya se sabe que á casa no le lleva...

—¿Y es de etiqueta el baile?

—Creo... que sí...

—¿Hay que ir escotada?

—Ps... no. Aquí la etiqueta es para los hombres. Ellas van como quieren; algunas completamente *subidas*.

—Nosotros iremos... *subidos* ¿eh?

—Sí, es claro... ¿Cuándo toca la catedral? ¿pasado? pues pasado iré á la capilla con el vestido que he de llevar al baile.

—¿Cómo puede ser eso?...

—Siendo... son cosas de mujer, señor curioso. El cuerpo se separa de la falda... y como pienso ir oscura... puedo llevar el cuerpo á confesar... y veremos el cuello al levantar la mantilla. Y quedaremos satisfechos.

—Así lo espero.

Don Fermín quedó satisfecho del vestido, aunque no de que *fuéramos* al baile. El vestido, según pudo entrever acercando los ojos á la celosía del confesonario, era bastante subido, no dejaba ver más que un ángulo del pecho en que apenas cabía la cruz de brillantes, que Ana llevó también á la Iglesia para que se viera como hacía el conjunto.

Y la Regenta fué al baile del Casino, porque como ella esperaba, don Víctor se empeñó «en que se fuera, y se fué.»

Aquel acto de energía, verdaderamente extraordi-

nario, le hacía pensar al ex-regente, mientras subían la escalera del caserón negruzco del Casino, que él, don Víctor, hubiera sido un regular dictador. «Le faltaba un teatro, pero no carácter. Que lo dijera su mujer, que mal de su grado subía colgada de su brazo, hermosísima, casi contenta, pese á todos los confesores del mundo. Ya no estábamos en el Paraguay: ¡Á él jesuitas!»

Era lunes de Carnaval. El día anterior, el domingo, se había discutido con mucho calor en el Casino si la sociedad abriría ó no abriría sus salones aquel año. Era costumbre inveterada que aquel *circulo aristocrático* (como le llamaba el *Alerta*, á cuyos redactores no se convidaba nunca, porque se empeñaban en asistir de *jaquet*) diese baile, pero jamás de trajes, el Lunes de Carnaval.

—¿Por qué no ha de ser este año como los demás?— preguntaba Ronzal, que acababa de hacerse un frac en Madrid.

—Porque este año el Carnaval está muy desanimado por culpa de los Misioneros, por eso:—respondía Foja, á quien había metido en la Junta directiva don Alvaro.

—La verdad es—dijo el Presidente, Mesía—que nos exponemos á un desaire. La mayor parte de las señoritas *comm'il faut* están entregadas en cuerpo y alma á los jesuitas, creo que muchas traen cilicios debajo de la camisa.

—¡Qué horror!— exclamó don Víctor, que estaba presente, aunque no era de la Junta. (Pero por no separarse de Mesía.)

—Sí, señor, cilicios—corroboró Foja.—Amigo, el Magistral no puede tanto. No ha conseguido que sus hijas de confesión usen cilicios y otras invenciones diabólicas.

—Porque tampoco se lo ha propuesto—contestó Ronzal.

Don Alvaro observó que Quintanar se ponía colorado. Le había sabido mal la alusión de Foja. «Sí, aludía á su mujer al hablar del Magistral; con él iba la pulla.»

—Lo cierto es—continuó el ex-alcalde—que nos exponemos á un desaire, como dice muy bien el Presidente. La flor y nata de la *conservaduría*, que son las que animan esto, no vendrá; las conozco bien: ahora se divierten en jugar á las santas. Ahora son místicas... zurriagazo y tente tieso, ja! ja! ja!

—Á mí se me ocurre una cosa—dijo Mesía.—Exploremos el terreno. Hagamos que los socios que tienen relaciones con las familias distinguidas se enteren de si las niñas vienen ó no. Si ellas asisten, las demás, las de reata, vendrán de fijo, *malgré* todos los jesuitas y padres descalzos del mundo.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

—Pues nada, á trabajar, á trabajar.

Cada cual ofreció traer á quien pudiera.

Don Víctor, á quien otra pulla de Foja había picado mucho, no pudo menos de decir:

—Yo, señores... respondo de traer á mi mujer. Esa no baila, pero hace bulto.

—¡Oh, gran adquisición!—dijo un socio;—si doña Ana viene, será un gran ejemplo, porque ella, hace tanto tiempo retirada... oh! será un gran ejemplo.

—Efectivamente. Que se corra que viene la Regenta y se llenará esto con lo mejorcito...

—Señor Quintanar—dijo el ex-alcalde—se le declara á Vd. benemérito del Casino... si consigue traer á su señora la Regenta.

—Pues sí señor que vendrá!... En mi casa, señor Foja, una ligera insinuación mía es un decreto sancionado...

Y don Víctor se fué á casa maldiciendo de la hora en que se le había ocurrido asistir á la Junta.

«¿Por qué habría ofrecido él lo que no había de cumplir?»

«Sin embargo, la palabra era palabra.»

Tiempo hacía que Quintanar no leía á Kempis, ni pensaba ya en el infierno con horror. De su piedad pasajera sólo le quedaba la convicción de que son necesarias las buenas obras además de la fe para salvarse, y la costumbre de persignarse al levantarse, al salir de casa, al dormir, etc., etc. Había vuelto á Calderón y Lope con más entusiasmo que nunca. Se cerraba en su despacho ó en su alcoba y recitaba grandes *relaciones* como él decía, de las más famosas comedias, casi siempre con la espada en la mano. Así le había sorprendido su mujer, sin que él lo supiera nunca, la noche de Noche buena. Verdad es que había cenado fuerte el buen señor y se le había ocurrido celebrar á su modo el Nacimiento de Jesús.

Pero si la propia religiosidad había volado, ó se había escondido en pliegues recónditos del alma, donde él no la encontraba, don Víctor respetaba la piedad agena.

«No obstante, se decía á sí mismo, animándose al ataque, mi mujer ya no va para santa; respeto como antes su piedad, pero ya no me da miedo; ya es una devota como otras muchas, va y viene, y no se detiene; la novena, la misa, la cofradía, la visita al Santísimo... pero ya no tenemos aquellas encerronas con que á mí asustaba, como si tuviéramos un para-rayos en casa. Ea, pues, me atrevo, se lo digo...»

Y se lo dijo. Se lo dijo cuando acababan de comer. Con gran sorpresa del enérgico marido «que no quería que su casa fuese un nuevo Paraguay» (alusión que no entendió Ana), la esposa no resistió tanto como él esperaba; se rindió pronto. Pero él lo achacó á la propia energía. «Comprende que yo no he de ceder y no se obstina.»

Cuando Ana consultó con el Magistral, en casa de doña Petronila, ya tenía dado su consentimiento. Pero pensaba retirarlo si el canónigo decía *non possumus*.

Todo se arregló, menos la conciencia de Ana que siguió intranquila. «¿Por qué había dicho que si después de una débil resistencia? ¿Á qué iba ella al baile? Por obedecer á su marido, es claro; pero ¿por qué estaba segura de que meses antes no le hubiera obedecido y ahora sí?»

No lo sabía; no quería saberlo. No quería atormentarse más.

«El baile y ella ¿qué tenían que ver? ¿qué le importaba á ella, á la *hermana* de don Fermín el santo, el mártir, que bailasen ó no las muchachas insulsas de Vetusta en el salón estrecho y largo del Casino? Nada, nada.»

Así pensaba mientras se dejaba peinar por su doncella y con las propias manos sujetaba la cruz de diamantes sobre el fondo blanco de aquel ángulo de carne que el cuerpo subido del vestido oscuro dejaba ver.

Ronzal, de la comisión que recibía á las señoras, se apresuró, en cuanto asomaron los de Quintanar en el vestibulo, á ofrecer á la Regenta su brazo. ¿Cuál? «el derecho, sin duda el derecho pensó.» Grande fué su pena al notar que Paco Vegallana ofrecía á Olvido Paez que entraba al mismo tiempo, no el brazo derecho, sino el izquierdo. De todos modos entró en el salón triunfante con su pareja... de un minuto. Tuvo tiempo suficiente, sin embargo, para participar del triunfo de Ana. Las conversaciones se suspendieron, las miradas se clavaron en la hija de la italiana. Hubo un rumor de asombro:

—¡La Regenta!

—¡La Regenta!

—¡Quién lo diría!

—¡Pobre Magistral!

—Y qué hermosa!

—Pero qué sencilla!...

Esta exclamación fué de Obdulia.

—¡Qué sencilla, pero qué hermosa...!

—La Virgen de la Silla...

—La Venus del Nilo, como dice Trabucó.

Esto lo dijo Joaquín Orgaz.

El círculo de la nobleza se abrió para acoger en su seno á la *Hija pródiga de la Sociedad*, como acertó á decir el barón de la Barcaza, que *in illo tempore* había estado muy enamorado de Anita, á pesar de la señora baronesa é hijas.

La marquesa de Vegallana, todavía de azul eléctrico, se levantó de su silla de raso carmesí con respaldo de nogal, y abrazó sin que pareciera mal, á su querida Anita.

—Hija, gracias á Dios, creía que era el desaire ciento uno.

La Marquesa también había puesto empeño en que Ana asistiera al baile y á la cena, «que tendría la *elite en petit comité*.» Todos estos galicismos los había importado Mesía.

—¡Pero qué divina, Ana, pero qué divina!—le decía á la Regenta cara á cara, y con voz gangosa la hija mayor del Barón, Rudesinda, que, según don Saturnino Bermúdez, era una *belleza ojival*. En efecto, parecía una torreilla gótica, aunque, por ciertas curvas del busto, sobre todo del cuello, á la marquesa se le antojaba «un caballo de ajedrez.»

Por lo demás, á ella y á sus dos hermanas, las llamaban los plebeyos «Las tres desgracias,» y á su señor padre, barón de la Barcaza, el barón de la *Deuda flotante*, aludiendo al título y á los muchos acreedores del magnate.

Solía esta familia, digna de mejores rentas, pasar

gran parte del año en Madrid, y las niñas (de veintiseis años la menor) cuando estaban en público ante los vetustenses fingían disimular su desprecio de todo lo que les rodeaba. Refugiábanse en el círculo aristocrático, donde también entraban, por especial privilegio, Visitación y Obdulia, pariente de nobles. Las señoritas de la clase media (y cuenta que en Vetusta el gobernador civil y familia entraban en la aristocracia) se vengaban de aquel desdén mal disimulado contándoles los huesos de la pechuga á las del barón y á otras jóvenes aristócratas. Daba la casualidad de que casi todas las niñas nobles de Vetusta eran flacas.

Ana se sentó al lado de la marquesa de Vegallana, única persona que le era simpática entre todas las del corro. Entonces anunciaba la orquesta un rigodón.

Y no fué vana su amenaza; á los dos minutos aquellos violines y violas, clarinetes y flautas, á quien acompañaba en su laboriosa gestación armónica un piano de Erard, comenzaron á llenar el aire con sus acordes, como se prometía decir en *El Lábaro* del día siguiente Trifón Cármenes, el cual había osado preguntar á la hija segunda del barón «si le favorecía.» Mal gesto puso Fabiolita, que así se llamaba, pero una seña de su padre la obligó á favorecer á Trifón, aunque se propuso no contestarle, si él se atrevía á hablar, más que con monosílabos. El barón de la Deuda Floitante creía en el poder de la prensa periódica, pero su hija no. Enfrente de esta pareja se colocó el resplandeciente Ronzal, el gallardo Trabuco, diputado de la comisión y miembro de la Junta Directiva del Casino. La pechera que lucía Ronzal no podía ser más brillante. Estaba él orgulloso de aquella pechera, de aquel frac madrileño, de aquellas botas sin tacones que eran la última moda, lo más *chic*, como ya empezaba á decirse en Vetusta. Pero no estaba tan satisfecho de sus conocimientos y habilidad en el *arte de Terpsicore* (otra fra-

se que Trifón se proponía emplear). Tenía á su lado Trabuco, como pareja, á Olvido Páez, que no le miraba siquiera. Pero él no pensaba en esto, pensaba en que, según veía, tarde ya, le tocaba romper la marcha; su *bis á bis* era Trifón y Trifón había empezado á ponerse en movimiento. Trabuco sudaba antes de haber motivo para ello. Á cada momento se metía los dedos de la mano derecha entre el cuello de la camisa y lo que él llamaba *mi pescuezo* cuando «apostaba la cabeza» por cualquier cosa. Aquel movimiento le parecía muy elegante y sobre todo era muy socorrido. Mientras la de Páez daba á entender con su aire melancólico y aburrido que su reino no era de este mundo, y que Ronzal había hecho demasiado atreviéndose á invitarla á bailar, el diputado ponía los cinco sentidos en no equivocarse, en no pisar el vestido ni los piés á ninguna señorita y en imitar servilmente las idas y venidas y las genuflexiones de Trifón. Mal poeta era Cármenes, pero el rigodón lo conocía muy á fondo. Bien se lo envidiaba Ronzal. La de Páez y la del barón al pasar cerca una de otra se sonreían discretamente, como diciendo: —¡Vaya todo por Dios! ó bien ¡qué par de cursis nos han tocado en suerte! Pero Ronzal, como si cantaran; pensaba en la pechera, en el cuello de la camisa, y en las colas de los vestidos. Á su derecha tenía Trabuco á Joaquín Orgaz que hablaba sin cesar con su pareja, una americana muy rica y muy perezosa. Como el salón era estrecho y las costumbres vetustenses un poco descuidadas, las parejas, mientras no les tocaba moverse, se sentaban en la silla que tenían detrás de sí muy cerca. Ronzal, que no podía sentarse, porque no tenía dónde, pensaba que aquello era una corruptela, y era verdad. La de Páez y la del barón apenas se tenían en pié; se dejaban caer sobre su silla respectiva, como si cada figura del rigodón fuera un viaje al rededor del mundo.

Después del rigodón vino un wals. Ronzal se retiró á fumar un cigarro de papel. Él no bailaba wals, no habla podido aprender nunca. Todas las puertas del salón estaban atestadas de socios... que no tenían frac. Un frac en Vetusta suponía *cierta posición*. Muchos pollos se figuraban que semejante prenda exigía la fortuna de un Montecristo.

Y como el baile era de etiqueta, la más florida juventud se quedaba á la puerta. Unos fingían desdeñar el ridículo placer de dar vueltas por allí como una peonza.... *para nada*. Otros hacían alardes de desidia, de escepticismo, de cualquier cosa que fuera incompatible con el frac, según ellos. Y algunos, más ingenuos, confesaban la penuria de su presupuesto, maldecían de las exigencias sociales... y se reservaban para «última hora.» Porque á última hora bailaban, pese á Ronzal, los de levita, los de *jacquet* y hasta los de cazadora. «¡No faltaba más!»

Saturnino Bermúdez, que tenía frac, y clac y todo lo necesario, llegó un poco tarde al salón. Se detuvo en una puerta... y... tembló. No podía remediarlo... La emoción de entrar en los salones en día solemne era para él semejante á la de echarse al agua. Y en efecto, cualquier observador hubiera dicho que aquel hombre creía estar en aquel umbral á la orilla del océano. Contestaba Saturno con sonrisas muy corteses á las bromas de los envidiosos sin frac que le decían:

—Vamos, hombre, láncese V..., valor!

—Ya... ya... voy... no si... ya voy...

Y sujetó bien los guantes, y se arregló el lazo de la corbata, y se aseguró de que el pañuelo estaba en su sitio, y... también pasó dos dedos por la tirilla de la camisola. Por último... á la una, á las dos... (á las dos se compuso el peinado con los dedos, sin recordar que traía la cabeza como un recluta) y después de este ademán automático, muy frecuente en los que van á arro-

jarse al baño de cabeza... después de esto ¡al agua! Saturno entra en el salón, saludando á diestro y siniestro, y aunque parece que su propósito es enterarse de quién está allí, en el *fuero interno* bien sabe él que lo que busca es un rincón de un diván ó una silla, que le sirva de puerto en aquella arriesgada navegación por los mares del *gran mundo*. Pero poco á poco se acostumbra al agua, es decir, al salón, y ya está allí muy tranquilo, y baila y dice galanterías en unos párrafos tan largos y complicados, que nadie se los agradece.

Ana al principio tenía sueño. Eran las doce. No pensaba más que en lo que pasaba ante sus ojos. No quería reflexionar. Al entrar en el Casino se había dicho: «¿Se acercará don Alvaro á saludarme?» Y había sentido miedo y estuvo tentada á fingirse enferma para volver á casa. Pero aquella idea pasó. Alvaro no acababa de parecer por allí. La Marquesa hablaba como una cotorra. Anita contestaba con sonrisas... De pronto apareció Visitación la del Banco, que vestía un traje de organdi con flores de trapo por arriba y por abajo. El escote era exagerado.

—Chica, vienes escandalosa — le dijo la Marquesa, mientras le mordía la cara al besarla, para apagar así la risa.

Visita miró como pudo hacia donde había mirado doña Rufina, y contestó sin turbarse:

—Bah, no me parece! Pero no sería extraño, porque ni tiempo he tenido para mirarme al espejo... ¡Aquellos demonios de hijos! Su padre que no tiene energía, que no sabe engañarlos!... no me los podía quitar de encima. ¿Pero Ana, qué es esto? tú aquí? pero feísima mía, qué es esto? qué bula tenemos?...

Y al decir esto estaba ya la del Banco con los brazos abiertos frente á la Regenta, y chocaban las rodillas de una dama con las de la otra.

La que estaba de pié inclinaba el cuerpo hacia atrás.

Media hora después, Visita, un poco escondida detrás del cortinaje de un balcón, refería una historia á la Regenta, que la oía atenta, vuelta hacia el rincón de su amiga.

El baile se animaba, la maledicencia y los recelos ridículos de la etiqueta fría é irracional de nobles y plebeyos codeándose, dejaban el puesto á otros vicios y pasiones. Ronzal ya no parecía á la de Páez un *hombre toscó*, sino un hombre; las del barón se humanizaban, las niñas de *la clase media* olvidaban los huesos que enseñaba la nobleza, y pensaban en la alegría ambiente, se entregaban al baile con furor invencible, como ansiando beber en aquella atmósfera perfumada, demasiado perfumada tal vez, el licor desconocido que pudiera saciar sus vagos anhelos. Las cursis, si eran bonitas, ya no parecían cursis; ya no se pensaba en la *reina del baile*, en el *mejor traje*, en las joyas más ricas; la juventud buscaba á la juventud, algo de amor volaba por allí; ya había miradas de fuego, sonrisas perezosas que presentían imposibles, celos dramáticos que daban al conjunto un tono de grandeza. Las niñas más recatadas, y hasta las más parecidas á muñecas de resorte, hacían pensar en la mujer que traían debajo de aquellos vestidos vulgares y de aquella educación falsa y desabrida.

Ana, á las dos de la mañana se levantó de su silla por vez primera y consintió en dar una vuelta por el salón, en un intermedio del baile. Visita iba á su lado callada, pensativa, satisfecha de lo que acababa de hacer. Había referido á la Regenta la historia de don Alvaro desde principios del verano pasado hasta la fecha. La del Banco echaba fuego por ojos y mejillas. Saboreaba el triunfo de su elocuencia. Ana disimulaba mal la impresión viva y profunda que le causaron las palabras de su amiga. «¡Don Alvaro había vencido la virtud de la *ministra*, había sido su amante todo el

verano en Palomares... y después se había burlado de ella, no había querido seguirla á Madrid.» Esta era en resumen la historia. Y el final así, lo recordaba Ana palabra por palabra:

«Cuando Alvaro me lo contó todo, había dicho Visita, le pregunté, porque ya sabes que nos tratamos con mucha confianza, pues bien, le pregunté:

«Pero, chico, ¿cómo diablos dejaste á esa mujer siendo tan hermosa, influyente... y tan lista como dices? ¿Por qué no seguirla á Madrid?»

Y Alvaro me contestó muy triste, ya sabes qué cara pone cuando habla así, me contestó:

«Pche... para amoríos basta el verano. El invierno es para el amor verdadero. Además, la ministra, como tú la llamas, á pesar de todos sus encantos no consiguió lo que yo quería... hacerme olvidar... lo que no te importa. Y después de suspirar como tú sabes que él suspira, añadió Alvaro: ¿Dejar á Vetusta? Ay, no, eso no... Y chica, palabra de honor, le dió un temblorcico así como un escalofrío... Ya ves, dijo luego, queriendo sonreír, me ofrecían un distrito, un distrito de cunero, *sine cura* admirable, (*sine cura*, dijo)... apetitoso bocado... pero, ¡quía!... yo estoy atado á una cadena... y la beso en vez de morderla. Y me apretó la mano, chica, y se fué yo creo que para que no le viera llorar.»

Esto era lo más sustancial de las confidencias de Visita. Ana saludaba á diestro y siniestro, hablaba con muchos amigos, pero no pensaba más que en aquella confesión de don Alvaro. «De que era verosímil respondían el efecto que su presencia, la de Ana, había producido aquella noche en el Casino... Ahora, ahora mismo, mientras se paseaba, llegaba á sus oídos el rumor dulce, más dulce que todos los rumores, de la alabanza contenida, de la admiración estupefacta... de la galantería sincera y discreta... ¿Por qué don Alvaro